

Jesús, su compromiso con Dios y con la historia

Virgilio Zea, S.J.*

I. LA EVANGELIZACION DE LA UNIVERSIDAD

La Universidad tiene como uno de sus objetivos la formación integral de sus estudiantes, tarea que busca a través de la formación que imparte en la cátedra, la investigación, la docencia. A esta Universidad, a sus hombres, a la cultura, pretendemos llevar el mensaje de Jesús; para que entronque con el que hacer universitario hay que preguntar cuáles son las características de un hombre de ciencia y cómo se pueden compaginar con el deseo de contribuir a que el universitario sea hombre en todo el sentido de la palabra.

La universidad, como mundo de la ciencia, de la investigación, de la

creatividad, genera en el hombre una conciencia peculiar de dominio, de poder, no sólo como manipulación de la naturaleza, sino como principio de verdad y de señorío sobre los otros hombres. Vivimos una tentación: creemos que la verdad la posee quien puede imponer sus razones por medio del poder, de la propaganda, de la introctrinación; o una conciencia de que la verdad científica, en cuanto obra de la ciencia, carece de límites, es absoluta; que la investigación y la ciencia no tienen un principio regulador que ponga un límite a sus investigaciones, a su dominio de la materia; la ciencia tendría en sí misma su razón de ser.

Por otra parte, el hombre de ciencia siente el peso de la respon-

* Profesor de Teología, Universidad Javeriana.

sabilidad de un mundo que está entregado a su inteligencia; sus aparatos electrónicos, con sus aplicaciones en los distintos campos del saber, le permiten programar el futuro, vencer la enfermedad; los armamentos, creados por su afán investigativo, por la necesidad de defenderse del enemigo, lo hacen consciente de las dimensiones cósmicas de su responsabilidad.

Da la impresión de que el mundo de la ciencia y creatividad humanas, nos abren a una posibilidad investigativa y planificadora del futuro prácticamente infinita. La conjunción de las distintas disciplinas, el diálogo interdisciplinario y la coordinación de esfuerzos, el poder fabuloso de la economía parecen decirle al hombre que no hay problema insoluble, que no hay misterio que, tarde o temprano, no haya de ser resuelto por su capacidad creativa e investigadora. Por todo esto el hombre toma conciencia de que el mundo ha sido entregado en manos de su propia responsabilidad.

El analizar estas aspiraciones de la ciencia pone de manifiesto el talante, la actitud del científico moderno: ha cambiado su actitud ante la realidad, su forma de entender la verdad; esta no es para él la conformidad con la realidad objetiva, sino algo más. No busca sólo conocer la naturaleza íntima de los seres y sus leyes para obedecerlas; el hombre se sabe fuente de sentido, de verdad; aunque debe obrar conforme a la naturaleza, sin embargo, la orientación que él le imprime parece que determina en último término la verdad y el sentido de las cosas.

Al descubrirse el hombre como sentido de todo lo que existe, entiende que la verdad no es principalmente una cualidad de las cosas, independiente del hombre, sino que tiene un significado para él, lo compromete, ilumina su tarea, es su responsabilidad y en un verdadero sentido, su creación. La realidad no revela todas sus posibilidades y, por lo mismo, su verdad, sino en contacto con el poder transformador y creador del hombre que, con su ciencia, la pone a su servicio.

A todo esto se añade otro hecho: el mundo universitario es esencialmente abierto, en él se encuentran y dialogan todas las tendencias, se valoran todas las opiniones; en él la autoridad, como fuente de verdad, pierde su importancia; sólo vale la fuerza intrínseca de la razón, la verdad que desvela la ciencia investigativa. Parece que se acuñara una nueva clase de verdad la que generan las realizaciones, las conquistas, las posibilidades hechas realidad por el empeño investigativo del hombre.

La reflexión sobre la autoconciencia del hombre de ciencia nos permite situar el lugar en que aparece el problema del hombre integral. Todos los avances científicos dejan intacta, más aún, agudizan la pregunta por el sentido de la vida del hombre, de su valor. Qué clase de ser es el hombre en quien ha sido entregado el poder de manipular la vida, de disponer de ella, de destruirla? Puede ser dueño del mundo a costa de la domesticación de los demás? Puede construir un mundo de científicos que dominen

a una legión de esclavos? o esto lo rechaza el hombre por razón de una dignidad sagrada anterior a la ciencia, que cuestiona el sentido y los planteamientos de la ciencia? Si esto es así, de dónde brota esta dignidad del hombre, cuál es su razón de ser? Cómo puede ayudarse al joven a tomar conciencia de esta dignidad y a asumir personalmente las implicaciones que conlleva el sentirse responsable del mundo y de la historia?

Creemos que en el esfuerzo por responder a estas preguntas está el lugar en que, en la Universidad, se puede hablar con sentido de la evangelización y de la persona de Jesús de Nazaret. Debemos ayudar al universitario a crecer en madurez humana, en la conciencia de la responsabilidad que implica el gozar de una formación universitaria; ayudarlo a asumir su ser social, situado históricamente en Colombia, de la que ha recibido fabulosas posibilidades y a la que debe agradecer por su compromiso y dedicación a su servicio, lo que ha recibido y aún más. Su ser universitario le exige una madurez humana de la que quizás no es consciente y a la que, sin duda no ha llegado aún; precisamente debe adquirirla a través de sus años de permanencia en la Universidad.

El joven universitario, trabajará en una sociedad problemática, competitiva, en ocasiones inhumana. Se siente desgarrado por fuerzas contrastantes que le brindan sus encantos y que lo invitan a recorrer caminos opuestos, incompatibles unos con otros. La carga de los estudios, la tensión continua en que vive, la dificultad de autoafirmarse, de sa-

ber emplear el tiempo del ocio y del descanso, son una invitación continua a la droga. Paradójicamente, el joven que tiene acceso a los misterios más hondos del ser, por su ciencia, carece, no pocas veces, de espíritu crítico, de capacidad reflexiva, de discernimiento creativo. Llamado a construir la sociedad del mañana para el bien de todos, se mueve entre la apatía o el individualismo; le es difícil descubrir las dimensiones sociales de su responsabilidad y de su ciencia. Se mueve en el mundo libre de la Universidad, donde debe construir su existencia a través de sus opciones y, sin embargo, es una personalidad no suficientemente madura, llevada por las opiniones o las críticas de los demás; golpeado no pocas veces por las condiciones adversas de su entorno familiar: ni experimenta el amor a su lado, ni logra integrarse en una relación de amor verdadero y de aceptación con sus compañeros universitarios.

La dificultad de crecer a nivel humano, la imagen a veces prohibitiva del cristianismo, que parece poco amigo del desarrollo y del dinamismo libre y creador de la juventud, le hacen difícil entender o aceptar a Dios: fácilmente lo imagina enemigo de su libertad y grandeza; aparece muchas veces como el poder opresor que lo margina de la responsabilidad de la ciencia y del compromiso creador de la historia.

Creemos que la predicación de la persona de Jesús entronca aquí donde el universitario encuentra la necesidad del sentido. Jesús tendrá para él valor y fuerza interpellante en la medida en que en su

historia, en su compromiso, por su invitación al seguimiento ayude al universitario a crecer como persona, a saber aceptar las responsabilidades a que lo ha abierto el mundo de la ciencia y de la técnica, a responder a las preguntas más hondas sobre el sentido del esfuerzo humano, del valor del hombre.

93
La vida de Jesús debe ayudar al joven a enfrentar con madurez humana los problemas que lo desgarran y a crecer a través de su superación, a descubrir sus valores, los de los demás, a valorar al otro en su dignidad, en sus derechos, ayudarlo a crecer en libertad y en posibilidades de realización humana. Jesús debe invitarlo a encontrar el sentido de su existencia en la experiencia de un Dios cercano, comprometedor, amor que lo invita a asumir la tarea de la historia, a estudiar en forma metódica, creativa, crítica, responsable; a integrar su personalidad para llevar una forma de convivencia armónica y humana.

Ante la pregunta del dolor, de la miseria humana, el compromiso de Jesús y su solidaridad con la historia del sufrimiento humano puede ayudarlo a descubrir que sólo se responde al problema del dolor desde el compromiso para con el otro, vivido en el amor, y a desentramar las causas estructurales de los problemas sociales, las fuerzas e intereses contrastantes que orientan o le permiten crecer en dignidad y responsabilidad. Jesús debe ayudarlo a encontrar la capacidad de admirarse por todo lo bello que encuentra a su alrededor, a dar gracias por los que han hecho posible

que hoy podamos disfrutar de los beneficios de la ciencia; a descubrir la alegría de quien comparte con los demás sus cualidades, sus dones: a encontrar la poesía de la vida, su belleza, el arte como expresión de su ser más íntimo y de su carácter de ser comunitario, capaz de compartir con los demás la alegría del amor y de la vida.

II. LA EVANGELIZACION EN LA UNIVERSIDAD

Desde estos planteamientos vuelve a surgir la pregunta: ¿cómo debe realizarse una evangelización universitaria? Esta no puede llevarnos a una lectura del Evangelio que nos hunda en un mundo perdido en el polvo del pasado, sin consecuencias, sin cuestionamientos para el presente, sin dinamismo creativo de futuro. En este mundo en que el hombre siente que sobre él gravita el peso de la historia, no puede presentarse a Jesús como alguien programado, aunque esta programación la hiciera el mismo Dios; ni como alguien que haga comedia de ser hombre. Qué interés podría suscitar en el universitario o en el científico un Jesús que juegue a ser hombre porque en el momento del conflicto, de las opciones profundas, se enfrenta a ellas y supera los obstáculos porque su divinidad le quita el problema del camino; cuyo destino esté trazado por Dios al margen de las incidencias concretas de su predicación y de sus compromisos históricamente situados?

Podemos tomar otro camino para entender a Jesús, de raigambre profundamente evangélica; en él tendríamos en cuenta que la predicación de Jesús encierra una experiencia de Dios que lo compro-

mete con la realidad concreta del dolor y del sufrimiento del hombre, sufrimiento que tiene causas históricas tales como los intereses de quienes en ese momento se enriquecen con la miseria y explotación del pueblo, hecha al amparo de una caricatura de fe en el Dios de Israel. En esta perspectiva su predicación y sus compromisos históricos suscitaron dos reacciones diversas: la conversión y consiguiente aceptación de Jesús y de su experiencia de Dios y por lo mismo, un compromiso incondicionado en favor del hombre; o el conflicto, el odio de quienes, enceguecidos por el poder, se amparan en la fe en Dios para violentar al hombre.

De igual manera, creemos que la problemática del universitario puede encontrar una alternativa de respuesta si Jesús nos permite situarnos en una relación tal con Dios que se genere en nosotros el dinamismo del compromiso histórico con el hombre, desde el amor sin medida de Dios a nosotros. Encontrar un camino de construcción responsable de la propia vida es hallar una respuesta a las preguntas dramáticas en que se juega nuestra existencia, el sentido de nuestra tarea en el mundo, la actitud que en nuestro diario vivir asumamos ante el otro, ante los millones de hombres que cada día sufren y mueren de hambre y de miseria.

Cuando en el mundo de las decisiones políticas y económicas se juega la muerte y el destino de los hombres, se los condena a morir en la desnutrición, el analfabetismo, creemos que la forma como

Jesús se comprometió, como optó de cara a los problemas de su pueblo y a su situación social y religiosa, tienen algo que decir al mundo en que vivimos, pueden iluminar la forma como hemos de actuar no sólo como cristianos, sino como hombres de hoy!

Creemos que el cristiano que quiere ser creador de futuro, de esperanza, de liberación, que no desea permanecer al margen de las decisiones que orientan al mundo, encuentra en Jesús su motivación máxima, la suprema invitación al compromiso, la fuerza de un espíritu que le hace posible comprometerse a la manera de Jesús, en el don total del servicio y del amor creativos!

III. MARCO DE COMPRENSION DE LA PERSONA DE JESUS

A Jesús hay que entenderlo teniendo como punto esencial de referencia la experiencia de las primeras comunidades cristianas, de tal modo que nos preguntemos ¿qué descubrieron en Jesús sus discípulos que se apasionaron por su seguimiento, que se comprometieron con sus valores y, desde su forma de entender y amar a Dios, hicieron de su vida un servicio sin condiciones a los hombres?; por otra parte, desde la vida de quienes hoy se comprometen en el seguimiento de Jesús en unas condiciones históricas concretas, en compromiso con el pobre, con la creación de la historia en una forma semejante a Jesús.

Estudiarlo en actitud de sintonía hacia su vida y persona, tra-

tando de comprender y de experimentar los polos de referencia desde los que vive Jesús: el Reino de Dios que pretende hacer presente e instaurar por medio de sus compromisos; Dios a quien pretende comprometer con cada una de sus acciones y al que quiere revelar como Padre, consciente de que él es el profeta definitivo de Dios; ante quien asume la confianza de un hijo y una obediencia creativa en favor de los hombres; esta actitud relacional tiene otro polo de referencia: los hombres, a quienes trata como hermanos en las grandes opciones de su predicación. Esto equivale a descubrir que Jesús vive hacia los hombres y hacia Dios en espíritu de amor; que sus actitudes, por ejemplo la confianza con que asume y vive su fracaso, con que sufre en la cruz el silencio de Dios, revelan la forma como, desde Dios, es humanamente posible amar en la coherencia total, en el amor que nunca se desilusiona ni de Dios ni del hombre, hasta el punto de esperar de Dios, como su don, el sentido de una vida que, aunque construída en el amor, tuvo que gustar el sabor amargo del fracaso, de la traición y de la condena a muerte.

En esta forma de vivir, de actuar y de comprometerse, Jesús revela cómo se puede ser hombre cuando se vive desde la fe en Dios; cómo la cercanía de Dios lleva a la afirmación más radical y comprometida de la libertad y de la responsabilidad histórica del hombre (1).

Lo anterior sitúa a Jesús en el marco del monoteísmo judío, monoteísmo que confiesa la fe en Dios, Padre de todos los hombres, fe que lo vive como Dios de la Alianza, cercano, libertador, personal, fiel, Dios que se ha manifestado por los profetas, Dios que tiene tiempo para el hombre, al que preocupa el dolor, el sufrimiento, la explotación del hombre y se compromete con él a través de sus profetas. Jesús se sitúa ante este Dios en la línea de los profetas: de Moisés, de Abraham, de Jacob y tiene la inaudita pretensión: de ser el profeta definitivo de este único Dios.

Al mismo tiempo no podemos ocultar un hecho histórico lamentable: en ese momento, como en otras ocasiones a lo largo de la historia, se ha deformado la imagen de Dios: a partir de un rostro de Dios juez, se han organizado el culto, la ley, los sacrificios, como lugares de acceso a Dios; son tales las exigencias del culto, que la fe en Dios se ha convertido en destrucción y condenación del hombre: "Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos hipócritas, porque cierran la puerta del Reino de los cielos para que otros no entren. Y ustedes mismos no entran ni dejan entrar a los que quieren hacerlo" (Mt 23, 13).

En esta perspectiva, para que la persona de Jesús pueda tener relevancia para el joven de hoy debe-

(1) LEON DUFOUR, F.X. "Les évangiles et l'histoire de Jésus", Paris, Seuil, 1963, 377.

mos mostrar que él, como todo hombre, opta frente a su mundo, no arrastrado por la moda, ni por la inercia, ni por las decisiones de otros, sino porque asume responsablemente su vida, su historia y su situación; sus opciones, hechas desde su fe en Dios, se convierten así en cuestionamiento profundo del mundo en que vive, repercuten en la historia concreta, manifiestan las grandes directrices de una historia verdaderamente humana, pero se hunden en la conflictividad generada por el pecado del mundo que lleva a Jesús al fracaso de la cruz: los hombres rechazaron la forma de construir la historia a que invitaba Jesús.

IV. EL MINISTERIO DE JESUS, SU ACTITUD ANTE LA LEY

Jesús comienza su vida pública vinculándose a Juan el Bautista, cuya predicación es una crítica profunda de la religión y del culto que se viven, sin la práctica de la justicia; una vez que desaparece Juan, realiza su predicación en la Galilea de los gentiles, no en Jerusalén, ni en el Templo; se atreve a anunciar que en su persona se hace cercano el Reino de Dios y a ese mismo Dios lo entiende y lo hace experimentable como amor misericordioso; esta predicación se torna escandalosa cuando Jesús vincula la cercanía del Reino de Dios con su comida con los pecadores, cuando realiza sus milagros en favor de los pobres y de los endemoniados. Todos estos gestos tienen la pretensión de hacer presente la salvación de Dios como liberación del mal que encadena

al hombre; liberación que, en el judaísmo y aun entre nosotros no podía llegar sino a través del cumplimiento cuidadoso de la Ley. Para el pueblo Judío y otros pueblos, la Ley tiene una dimensión sagrada: es la forma de concretar la Alianza de Dios con su pueblo escogido; es la ordenación que regula las relaciones entre los hombres para defender al más débil de la ambición desmedida de los poderosos. En el pueblo Judío ha sido la fuerza de cohesión que le ha permitido conservar durante el exilio y la persecución, su identidad de pueblo y su fe en el Dios de la Alianza. La Ley es la forma como el pueblo concreta su compromiso con Dios, a través del amor al hermano. Lleva en sí una invitación a asumir ante el otro una actitud de respeto y de amor.

Pero el hombre puede caer en el error de divinizar la Ley, de imaginar que Dios es un Juez preocupado por exigir su observancia, aún a costa del dolor del hombre; en este caso, que sería una degeneración del sentido de la Ley, esta se convierte en la máscara que oculta, bajo apariencia de bien, de cumplimiento, la pasión de poder y de dominio del hombre y la explotación del hermano. A este hombre que absolutiza la Ley, la conducta de Jesús le resulta chocante, digna de su total rechazo. La afirmación de Jesús "no se ha hecho el hombre para el día de reposo, sino el día de reposo para el hombre" (Mc 2, 27-28) tiene una traducción muy actual: "no se ha hecho el hombre para la economía, para el servicio del Estado, sino la economía para el servicio de todos los hom-

bres”; la razón de ser del progreso, de la ciencia, no es otra que el servicio y la promoción del hombre, él está por encima de las ambiciones de las potencias, de los partidos, del orden que se construya para defender los intereses de los poderosos, a costa de la sangre del pobre.

Es importante notar, por otra parte, la actitud de respeto por la Ley que manifiesta Jesús: “No penséis que he venido a abolir la Ley o los profetas; no he venido a abolirlos, sino a darles cumplimiento” (Mt 5, 17.20). “Con el término cumplimiento Jesús quiere dar su plenitud al código de vida religiosa que se expresa en la Ley, así le hace alcanzar su perfección. Jesús interioriza la Ley. En el corazón de toda acción coloca la intención religiosa; en el corazón de toda acción religiosa, el amor; en el corazón de todo acto de amor, el absoluto, Dios” (3). “Al llegar así a la raíz del obrar humano en presencia de Dios, Jesús cumple la Ley absolutizándola. No ordena que se cumpla una parte de la Ley, lo exige todo, ordena categóricamente: ‘Ama sin mediocridad’. En efecto, Jesús no sólo interiorizó la Ley, ‘la personalizó’. ‘He venido a cumplir’, ‘yo os digo’. Estas dos expresiones muestran que Jesús, de manera consciente y explícita hace derivar de su persona el mandamiento que promulga. Hoy, en Jesús que habla en nombre de Dios, es la palabra de Dios

la que interpela al hombre mismo” (4).

En esta perspectiva Jesús muestra que cuando se cree en Dios, la única forma coherente de amarle es el don de nosotros mismos en favor de los hombres, hijos de Dios. Para Jesús, el lugar del encuentro del hombre con Dios es el hombre, el compromiso en la humanización de la historia.

Esta afirmación la entenderemos si analizamos con cuidado la parábola del Buen Samaritano: “Un maestro de la Ley pregunta a Jesús: ‘qué debo hacer para tener vida eterna?’ (Lc 10,25-37); Jesús le responde preguntándole: ‘Qué está escrito en la Ley de Israel?’ El maestro responde con perfección y su respuesta muestra que “sabe” muy bien que para ‘tener vida eterna’ hay que unir en forma universal e indisoluble el ‘amor a Dios y el amor al prójimo’. ‘Sabe muy bien’ que el mandamiento, enunciado de esta manera es universal: debemos amar al prójimo superando las barreras que nos dividen, las diferencias de raza, clase social, políticas, religiosas; que Dios lo llama a amar al prójimo, a todo hombre, con un amor sin condiciones, generoso, sin fronteras. Pero el cuadro que presenta la parábola de los dos sacerdotes que, al ver al hombre herido por los salteadores, dan un rodeo y siguen de largo, muestra que a ellos les interesa más el culto que deben ofrecer en

(3) LEON DUFOUR, F.X., op. cit. 416-417.

(4) Ibid., 418.

el templo que el dolor del hombre; que no se acercan a él porque no lo reconocen como prójimo.

Jesús, en cambio, ofrece al sacerdote un modelo que imitar en la conducta de un samaritano, considerado por el judío como hereje, maldito, desconocedor de la ley y que, sin embargo, ama al herido con una entrega incondicional. El samaritano hace verdad en la historia lo que el maestro "sabía de memoria", pero no vivía.

La parábola del Buen Samaritano describe la vida de Jesús y de todos los que, o por ser sus seguidores, o por vivir sin condiciones el amor, se comprometen con el hombre. El mundo en que vivimos ha sido construido de tal manera que la sociedad arroja al camino millones de hombres mal heridos, gentes sin horizonte ni trabajo, sin educación. Ante ellos podemos dar un rodeo para no comprometernos con el hombre, porque debemos rendir culto a un dios deformado a nuestro gusto que no cuestiona ni nuestra sociedad, ni la injusticia que nos rodea o, al contrario, si según el consejo de Jesús hacemos lo mismo que hizo el Samaritano, comprometernos con el hombre que yace a la vera del camino, podremos correr en misma suerte: morir como Jesús en un patíbulo, o mientras celebramos la eucaristía como Monseñor Romero, o asesinados por la guardia nacional como el Padre Héctor Gallego, o como el P. Alvaro Ulcué por defender los derechos de las comunidades indígenas paeses.

Notemos por otra parte un aspecto que en ocasiones no se recalca suficientemente y que toca la problemática de nuestro estudio. La pregunta que hace el maestro de la Ley (Lc 10,25) 'qué debo hacer para tener vida eterna?', se puede traducir hoy en otra forma; cómo construir un mundo en que se asegure al hombre el camino de su plenitud humana, de una vida libre, responsable, plena de realizaciones? Las respuestas que damos son múltiples: por medio de la ciencia, del poder, aún de la droga; Jesús plantea su respuesta desde la perspectiva de Dios: la ciencia que encontraríamos simbolizada en el conocimiento de la Ley, propia del maestro, es necesaria para redimir el sufrimiento del mundo, para aumentar la cultura, para mejorar las posibilidades de realización humanas; a esto Jesús añade su propia perspectiva; el samaritano une a la ciencia algo sin lo cual ella pierde su eficacia: se llena de compasión, se compromete con el dolor del otro, se incomoda por él, lo cuida dándole su tiempo, se despoja, aunque es un pobre obrero, de su propio dinero, contagia al dueño de la posada su misma preocupación por el herido. El Samaritano encuentra a Dios cuando lo ama en su entrega total al hombre, y concreta ese amor a partir de los desafíos que le plantea la situación histórica del sufrimiento del otro. Esa dedicación la realiza a costa de su propio sacrificio, del despojo de todo lo que tiene para vivir.

Lo más importante es que la afirmación de Jesús: "vete y haz tú

lo mismo que hizo el samaritano” está respaldada por su propia vida. En efecto, Jesús en su predicación no se aleja al desierto como Juan Bautista, sino que desarrolla su ministerio en Galilea, cercano a los hombres, a sus problemas; inaugura su ministerio en la sinagoga de Cafarnaúm, en un día de sábado, cuando el pueblo de Israel rinde culto a Dios (Lc 4, 14ss.); el texto del profeta Isaías que lee y la actividad que despliega en la sinagoga son señal de una forma nueva de comprometerse con Dios y con el hombre, allí en día sábado, Jesús cura a un hombre tullido, a una mujer jorobada hacía diez años (Mc 3, 1-6; Lc 6, 6-11). El motivo que aduce es claro: “si todos nosotros desatamos un asno o un buey un sábado para llevarlo a abreviar, no habría que liberar a esta hija de Abraham de sus cadenas, precisamente en día de sábado”? (Cfr. Mt 12, 9-11). Su actividad corresponde al texto de Isaías en que se expresa el sentido de la misión del Mesías: “ungido por el Espíritu de Dios, ha sido enviado a predicar la salvación y una buena noticia a los pobres”, es el anuncio de la cercanía del Reino de Dios en su persona (Mc 1,14; Mt 4, 17). Allí se hace presente el compromiso de Dios con la historia: en la persona y la obra de Jesús, allí la respuesta a la pregunta del maestro de la Ley: la forma de encontrar la vida eterna es un amor a Dios que implique indisolublemente el amor al hombre, convertido en sentido y razón de ser de todo: de la ciencia, del poder, del culto a Dios.

En esta misma línea se encuentra la parábola del Padre compasivo

(Lc 15, 1-3. 11-32): no puede entenderse en toda su profundidad de revelación de Dios y del compromiso concreto de Jesús si no se cae en la cuenta de varios hechos: Jesús cuenta esta parábola para explicar por qué come con los pecadores y con los abominados cobradores de impuestos (Lc 15, 1-3); pero la problemática que presenta en la parábola desborda ampliamente la situación concreta; veámoslo: la actitud del hijo menor que pide al Padre la parte de la herencia que le corresponde expresa el deseo del hombre (eso es el pecado) de construir la propia existencia en una autonomía absoluta de Dios; su viaje a tierras lejanas, su vida licenciosa y la forma como espera su seguridad del dinero, son manifestación del respeto que Dios tiene por la libertad del hombre y de la tentación de éste de no aceptar ninguna limitación que condicione su libertad. Esta búsqueda de una libertad absoluta termina generando el extremo contrario: el hombre se autodestruye, se hace esclavo de los seres más viles: los cerdos; el que gozaba de la dignidad de hijo, se arrastra esclavo de las pasiones más degradantes y, sin embargo, su degradación contrasta con este hecho: en medio de ella se acuerda de su Padre, de su bondad manifestada en la forma como trata a sus jornaleros, mientras él, el hijo, muere de hambre; toma conciencia de su pecado, de la forma como se ha autodestruído para exclamar: ‘me levantaré, iré a mi Padre y le diré: Padre mío pequeé contra el cielo y contra ti...’. Por otra parte, la actitud del Padre que lo encuentra no es la del reproche, la condenación o el desprecio, sino

la fuerza transformadora del amor que lo recrea.

En la parábola, el Padre que ha recibido y perdonado a su hijo menor, sale al encuentro del hijo mayor que regresa agobiado por el peso del día y del trabajo; éste se niega a entrar en casa y se encoleva con su Padre, no le da el nombre de Padre, sino lo acusa como culpable de la degradación del menor, al que no reconoce como hermano y desprecia por su pecado; echa en cara al Padre su cuidadosa observancia de la Ley: "nunca he dejado de cumplir uno solo de tus mandatos".

Jesús entonces, pone en boca del Padre un suave reclamo a su hijo mayor, reclamo que se convierte en súplica de Dios al hombre. El mayor es su hijo, el que siempre ha cumplido sus órdenes, el que ha permanecido a su lado, debería saberse dueño de todo lo que posee su Padre; lamentablemente le falta dejarse contagiar del amor misericordioso del Padre, olvidar la rigidez de la Ley que condena, para acercarse al dolor histórico de su hermano! Como hermano mayor debería, siguiendo el ejemplo de su Padre, reconstruir al perdido, devolverle su ser de hijo y de hermano, no importa que se hubiera degradado al nivel del esclavo.

El texto de la curación de los diez leprosos (Lc 17, 11-19) manifiesta que sólo el samaritano que se arrodilló ante Jesús, para glorificar a Dios por su curación, entendió que el lugar del encuentro con Dios no es primordialmente el

Templo, sino este hombre, Jesús de Nazaret, que lo había aceptado a él, leproso, maldito del mundo, como digno de un amor tan absoluto que lo hizo vivir de nuevo como hombre; los otros nueve, que se presentaron al Templo, a cumplir con los ritos señalados por la Ley de Moisés, permanecieron encerrados en una perspectiva estrecha, para ellos la Ley y el Templo siguieron siendo el lugar del encuentro con Dios (Ley 14).

El leproso samaritano, en un mundo que lo rechazaba como maldito ha entendido que Jesús ha escuchado, en su miseria y en su dolor la llamada de Dios, que por eso ha realizado algo inaudito en Israel, comprometerse con un 'no hombre'; Esto le hizo entender que Jesús tenía que ser la cercanía histórica del amor infinito de Dios; por eso el leproso se postró ante Jesús, le dió gracias, pero de él trascendió a Dios, a quien glorificó, a quien aceptó como salvación y perdón.

En esta perspectiva Jesús ha desplazado el lugar del encuentro con Dios del cumplimiento de la Ley, del culto y los sacrificios del Templo (del culto a la ciencia, al poder), al compromiso con el otro. Jesús muestra con su vida y con sus palabras que el culto sólo tiene sentido cuando llegamos a él después de habernos reconciliado con el otro en el perdón (Mt 6, 14-15), de haber vibrado con su dolor, de la desgracia en que se hundió libremente por su lejanía de Dios (Lc 15, 11-32), con la tragedia del "no hombre" destrozado por la enfermedad, la marginación y la miseria

(Lc 17, 11-19), de habernos comprometido con el dolor del que yacía a la vera del camino, destrozado por la violencia de los salteadores (Lc 10, 25-37).

Relacionemos lo anterior con nuestra perspectiva; cuando se cree en el Dios de Jesús, se encuentra el verdadero sentido del poder: la fuerza de la política, del dinero, de la ciencia debe orientarse hacia la construcción de una sociedad en que se ayude aun al 'no hombre', a vivir como hijo de Dios, a reencontrar su dignidad y su valor de persona.

V. JESUS Y LA CONSTRUCCION DE LA SOCIEDAD

Tratemos de situar el problema que nos preocupa en una perspectiva más amplia: todos estarán de acuerdo en que la ciencia, aún la más objetiva, tiene su razón de ser en el servicio al hombre. Sin embargo, ante el derroche armamentista de las superpotencias, la sofisticación de los cuidados médicos para unos pocos, la forma como de hecho se orientan las decisiones económicas, decisiones que hacen imposible superar la miseria de millones de personas, hay que preguntar: qué es lo que en realidad nos anima, un amor incondicional al hombre, la preocupación por el bien común, por la promoción humana de todos o el ánimo de lucro, de poder, de comodidades, del dominio que nos ofrece la ciencia, aunque millones de hombres permezcan en la miseria?

Al contrario, dónde hallar la fortaleza, el motivo que nos lleve a

compartir con el otro los bienes que poseemos; qué argumento se puede aducir para que la economía esté verdaderamente orientada por el interés de crear el bienestar para todos y no para unos pocos?

Al iniciar este trabajo tratamos de partir de la pregunta del hombre por su ser, su vida, el sentido de su existencia y de su compromiso con el mundo y procuramos encontrar cómo responde Jesús, desde su experiencia de Dios, a la pregunta: quién es el hombre?

Es necesario aclarar por qué situamos así nuestro estudio. Por eso preguntamos: qué implica una afirmación consciente de Dios, o qué consecuencia comporta la negación de Dios o la degradación de Dios al nivel de una caricatura?

Negar a Dios equivale a afirmar que el origen del hombre no está en una realidad personal, amorosa, capaz de manifestársele a través de un mundo que le habla del Dios amor; lleva en sí, primeramente la afirmación de la soledad del hombre: nos encontramos sobre la tierra sin que en el origen de nuestra existencia se encuentre un amor interpelante, que nos haya confiado la tarea y la responsabilidad de la historia, sin un amor que crea en nosotros; sin que el dolor y el sufrimiento del otro deban mirarse como el dolor de un hermano, a través del cual el Padre amoroso, fuente de la vida, nos llamaría al compromiso, la solidaridad, el perdón, la reconciliación y la justicia. Si aún así nos sentimos llamados a instaurar la justicia en el mundo esta se apoya en bases muy frági-

les: en la sola inclinación altruísta del hombre.

En segundo lugar, nuestro esfuerzo humanizador de la historia tendrá una razón de ser: responde a la dinámica más profunda de nuestra estructura antropológica porque somos seres interpersonales, el ser que no se encuentra a sí mismo sino en el don del amor al otro; somos conscientes de que el hombre es pasión de libertad, ser esencialmente ético, sin embargo, negado Dios, surge el espectro de nuestro afán posesivo, titánico: podemos ser pasión de lucro, de dominación, de explotación del otro y no tendremos cómo resistir a esta pasión si el otro no es hermano, sino antagonista, si la meta final del hombre, su orientación definitiva parece hundirse irremediamente en el vacío de la materia, por la muerte. En efecto, la negación de Dios equivale a afirmar que el hombre termina totalmente en la inconsciencia y soledad de la muerte.

En cambio en esta perspectiva, creer en Dios comporta, y esta es la forma como Jesús entiende y realiza su vida, mirar al otro como hermano, vivir como un "ser para los demás", como "quien no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos" (Mc 10, 44-45); vivir volcado en amor sobre el pobre, sobre el enfermo, capaz de poner en tela de juicio todo sistema que pisotee al hombre y su dignidad y que se construya sobre la ruina del hombre. Creer en Dios, como Jesús, es sentirse interpelado por un amor personal, paterno que ha hecho to-

do cuanto existe para el hombre, amor que hace de nuestra vida un dinamismo de futuro y nos confía la responsabilidad de construir la historia; amor que cuando creamos sentido y esperanza para el que sufre puede recibir no sólo el nombre de Padre, sino el nombre de Dios de la vida, de la resurrección. Creer en Dios significa vivir persuadido de que la vida del hombre no termina en el vacío de la muerte sino en el amor personal de Dios; que el dolor, el odio, la violencia no tienen la última palabra sobre la existencia del hombre (Mt 10, 29-33); creer en el Dios de la vida y la resurrección exige, por lo mismo, comprometerse radicalmente con la promoción histórica de la vida y la esperanza en nuestro mundo, para el hombre, nuestro hermano.

Desde aquí las palabras de Jesús cobran un sentido claro: quien cree en el Dios al que Jesús nos invita a llamar Padre, encuentra que su primera responsabilidad es la historia, qué ésta, con su dolor, su pobreza, se convierte en una interpelación, en el lugar en el que Dios espera nuestra respuesta comprometida en favor del hermano, de su sufrimiento y que el camino para el encuentro con Dios es el camino del compromiso con el otro.

En esta parte de nuestra reflexión, tomemos varios textos del Nuevo Testamento y tratemos de leerlos a una doble luz brotada de la antropología y de las ciencias sociales y de la comparación de los textos neotestamentarios entre sí. El Evangelio de Mateo presenta a Jesús que dicta un juicio de profun-

dos contrastes sobre la historia de los hombres: "Apártense de mí malditos porque tuve hambre y no me dieron de comer", "vengan benditos de mi Padre porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer; cuando ustedes no lo hicieron con uno de estos pequeños, dejaron de hacerlo conmigo" (Lc 6, 20-26; Mt 25, 31ss).

Somos conscientes de que los hombres, por medio de sus decisiones políticas y económicas, por la forma como orientan los dineros de las naciones, son los que crean la sociedad, sus estructuras, quienes ordenan su funcionamiento; por lo mismo, de nuestro empeño político depende el ofrecer a los demás unas condiciones mejores para el desarrollo de sus personas, o la negación de toda posibilidad de crecimiento y desarrollo personal, familiar y social. A la luz de este hecho, el texto de Mateo toma una dimensión nueva; no se trata de dar una limosna o de negarla a quien la necesita; dar de comer, apagar la ser, significa crear posibilidades de trabajo para el mayor número, construir la sociedad sobre la justicia y el interés de las mayorías, crear salud y condiciones aptas de vida para todos; el negarse a dar de comer al hambriento consistirá en construir una sociedad que le cierre las puertas, que le niegue la oportunidad de hacerse hombre. El lugar del encuentro con Dios y su Cristo en nuestra historia no es principalmente la caridad, sino un amor que lleve consigo la práctica de la justicia.

En la parábola del Rico y de Lázaro Jesús presenta el contraste en-

tre dos hombres separados sólo por el espesor de una puerta, que viven en dos mundos distintos: el del derroche y el de la miseria (Lc 16, 19-31). El rico, de quien habla Jesús, malgasta su dinero en grandes banquetes y se viste de lino y púrpura; por otra parte es un hombre de fe: llama a Abraham, Padre Abraham! Cuando le pide a éste que se compadezca de su sufrimiento, Abraham le dice que el camino del conocimiento de Dios y de la salvación está en el cumplimiento de la enseñanza de los profetas: estos habían predicado la justicia; la vida del rico, en cambio, se había movido en el despilfarro, entre la cohorte de amigos y de hermanos que participaban en sus banquetes, con quienes compartía el poder; su abundancia no le permitía "ver" al pobre mendigo que yacía a su puerta; se le abren los ojos cuando su conducta histórica lo condena a un abismo insondable, al infierno que había padecido Lázaro durante su vida.

Podríamos pensar que los dos textos denuncian la sociedad que brinda toda clase de oportunidades a unos pocos, mientras hunde en la miseria casi absoluta a otros; ésta sociedad parece llevar dentro de sí una corrupción estructural, porque el placer y el derroche de unos no se construyen sino negando a los demás el pan que querrían llevar a sus labios.

VI. JESUS Y LA AUTORIDAD

Para entender mejor las afirmaciones anteriores analicemos la actitud de Jesús ante la autoridad y la forma como ella se ejerce en su

tiempo; leámoslo a la luz de unos textos que dicen relación a su entrada en Jerusalén y el Templo. Cuando Jesús entra al Templo arroja por los suelos los objetos del culto porque no está de acuerdo con una imagen de Dios desde la que se explota al hombre, en abierta contradicción con el texto del Antiguo Testamento: "Yo quiero que tengan compasión y no que ofrezcan sacrificios de animales" (Am 5, 21-27). A este texto se refiere un maestro de la Ley cuando Jesús le responde que "el primer mandamiento es amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos": "Bien dicho maestro, es verdad lo que dices, que hay un solo Dios.. y que amar a Dios con todo el corazón y con toda el alma y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los sacrificios y que todas las ofrendas que se queman en el altar" (Cfr. Mt. 9,13 y Mc 12, 29-34). Jesús a su vez le responde al maestro de la Ley, al ver que había hecho una explicación llena de sentido: "No estás lejos del Reino de Dios". El culto del Templo había perdido su sentido, era la forma de esconder la explotación del hombre por el hombre... qué lejos estaban del Reino de los Cielos quienes defendían ese culto (Cfr. Mc 12,35).

Consideremos ahora la entrada de Jesús en Jerusalén y en Templo. Debemos entenderlas como un signo puesto intencionalmente por Jesús. Había rechazado que lo hicieran Rey (Jo 6,15), pero ahora ordena a sus discípulos que busquen un borriquito y monta sobre él para entrar en Jerusalén como

Rey de Paz (Zac 9,9). Su entrada recuerda el triunfo de los emperadores romanos, cuando regresaban a Roma y entraban seguidos por los reyes, a quienes habían derrotado en las batallas; estos marchaban atados con cadenas detrás de su carroza triunfal. Jesús entra en un borriquito (Mc 11,1-19) y acepta las aclamaciones de la multitud llenas de sentido mesiánico porque lo proclaman "Hijo de David, Bendito el que viene en el nombre del Señor". Entra a Jerusalén en nombre de Dios cuyo Reino había anunciado como llamado a la conversión y como buena noticia para los cautivos, como esperanza para los pobres. El Emperador entraba a Roma como dominador, Jesús entra en la ciudad de Dios como Rey de Paz (Mt 21, 1-10). Su solicitud concuerda con lo que acaba de enseñar a los discípulos sobre la autoridad: una nueva praxis del poder: "Al contrario, el que entre ustedes quiera ser el mayor hágase el siervo de todos y quien quisiera ser el primero hágase el esclavo de todos" (Mc 10,41-45; Mt 20, 24-28). Jesús entenderá su autoridad como servicio; por otra parte, sabe muy bien que el hombre, aunque sea Emperador, no tiene derecho a constituirse en Señor absoluto de los hombres. Sólo Dios, creador del Hombre, es el Señor de la vida y aún así, Dios no abusa del hombre ni le impone su imperio o un dominio esclavizante (Mc 12, 17 "Dad al Emperador lo que pertenece al Emperador y a Dios lo que es de Dios).

Por otra parte, su entrada en el Templo, conocida por los romanos y la autoridad judía tiene un doble

sentido: toma posesión no sólo de la Ciudad de Dios, sino del Templo, el centro de la vida de Israel; lo hace como Mesías y Rey de Paz y así pone en tela de juicio toda autoridad que se construya sobre la violencia contra el hombre, ya la ejerza Roma, por su poder, o los sacerdotes que tienen la autoridad en nombre de Dios; por otra parte, "cuando arroja a los vendedores y compradores y vuelca las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas" (Mc 11,15-17), en consonancia con toda su predicación, critica la imagen de Dios que se veneraba en el Templo de Jerusalén.

Explicemos: Jesús ha arrojado por el suelo los objetos que hacían posibles las ofrendas del culto y los sacrificios; los corderos para la fiesta de Pascua, ya cercana, se adquirirían con el dinero del Templo, cuyo cambio producía pingües ganancias a los sacerdotes. Las palomas recuerdan las ofrendas de los pobres cuando rescataban a sus primogénitos, al presentarlos en el Templo de Dios (Lc 2, 22-24, cfr. Ex 13, 2).

Los fariseos, que le han visto arrojar por los suelos las mesas de los cambistas y le han oído exclamar: "No está escrito, 'Mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos'?" y ustedes la han convertido en cueva de ladrones" (Mc 11, 16-18), recuerdan otro texto del profeta Jeremías: "Roban, matan, cometen adulterio,

jurán en falso, después vienen a este templo que me está dedicado a postrarse ante mí. Creen que aquí están seguros, creen que pueden seguir haciendo esas cosas que yo no soporto" (Jer 7, 1-11), entienden que en el gesto de Jesús se encierra una crítica profunda a su fe en Dios, a su autoridad, a su conducta que más semeja una burla de Dios. Por eso se indignan con Jesús, consideran blasfemo su gesto, por eso le preguntan "con qué autoridad haces esto" (Mc 11,28-33). Jesús se compromete a contestarles si ellos le responden con qué autoridad Juan Bautista había predicado y exigido la conversión del pueblo y con qué derecho había criticado su falsa justicia. Juan era considerado profeta y hombre de Dios, ante su llamado había que cambiar de vida. Juan afirmaba que no bastaba la circuncisión para ser Hijo de Abraham, había que obrar la justicia con el amor, como camino para agradar a Dios. Todo esto lo sabían las autoridades, sin embargo habían rechazado a Juan; pero no se atrevieron a negar que Juan fuera profeta, se excusaron diciendo que no conocían el origen de la autoridad de Juan. Por esto Jesús no respondió a su pregunta. El silencio de las autoridades encierra la negativa a aceptar al Profeta de Nazaret, su imagen de Dios, su crítica profunda y su llamado a la conversión.

El enfrentamiento con la autoridad llega a su climax en la parábola de los viñadores (6). La parábola

(5) FORTE, B., "Jesús de Nazaret", Historia de Dios, Dios de la historia. Ensayo de una cristología como historia. Paulinas, Roma. 1981, 229-232.

(6) LEON DUFOUR, F.X., "Estudes d'évangile", Paris, Seuil, 1965, 303 - 344.

tiene como punto de referencia la alegoría de la viña (Is 5, 1-7) en que el Señor Dios entabla un diálogo con su pueblo Israel, se queja, porque habiendo hecho todo lo que podía en favor de su pueblo, éste, en lugar de producirle racimos abundantes, sólo le da ingratitud. El Señor siente deseos de apartarse de su pueblo, de dejarlo invadir por las espinas, de negarle la lluvia. Ahora bien, en el evangelio la parábola desplaza la atención de la viña, es decir del pueblo, a los viñadores, aquellos a quienes Dios confió el cuidado de su pueblo. Cuando Dios les pide cuentas de su administración, ellos se niegan a darlas y golpean a los emisarios que El ha enviado, a algunos le dan muerte. Entonces el Señor Dios, representado en el propietario de la viña, decide enviar a 'su hijo querido', pensando que a él lo respetarán: "Tendrán consideración por mi hijo"; sin embargo ellos, al verlo venir exclaman: "He aquí al heredero, démosle muerte y la herencia será nuestra. Y apoderándose de él, lo asesinaron y lo arrojaron fuera de la viña" (Mc 12, 5-8).

La parábola era comprensible para la autoridad judía: Jesús se había presentado como el Profeta definitivo de Dios, su predicación hacía experimentable en la historia el amor misericordioso de Dios, su actitud -cuando enseñaba a orar- contagiaba a los hombres su confianza en Dios, su capacidad de compromiso en favor del hermano. Pero su predicación era también profundamente crítica: para Jesús

"no se podía servir a dos señores, no se podía servir a Dios y al dinero" porque cuando se sirve a este último no importa pisotear al hermano; esto lo entendían los fariseos, "amantes del dinero" (Lc 16, 13-14) y captaban muy bien que la parábola se refería a ellos que se habían apoderado de la viña del Señor para enriquecerse bajo la apariencia de piedad y de amor. Allí está la razón del choque frontal entre Jesús y la autoridad: "En el fondo de la predilección de Jesús por los marginados .. está su entrega incondicional a la causa del Reino, su amor total al Padre y a los hombres, que lo libera de los prejuicios y miedos. Su actitud no nace de mera sed humana de justicia... sino de la obediencia a aquel que ama y acoge a los humildes... y abate a los soberbios, cegados por la sugestión del poder. Subversivo a los ojos del inmovilismo conservador del sandedrín; innovador oscuro y peligroso para los saduceos.. el Nazareno rompe todos los esquemas... aquí se revela la razón profunda de la libertad del Nazareno frente al mundo político y social de su tiempo; nace de la constante referencia de toda su vida y de cada una de sus opciones al Reino de Dios que viene... El fundamento de la libertad de Jesús está en su pobreza de sí para existir únicamente para el Padre y los demás con una esperanza y un amor que lo hacen subversivo y crítico tanto frente a todo mesianismo miope, cuanto frente a toda ceguera ante el peso de la injusticia presente" (7).

(7) FORTE, B., op. cit., 239-240.

Aquí llega a su madurez definitiva la decisión de dar muerte a Jesús: no se puede admitir su pretensión de comprometer a Dios con su persona y con su historia, con su crítica a toda injusticia hecha contra el hombre; era inaceptable su forma de entender a Dios, su autoridad, su vida, su libertad y su historia; resulta difícil pedirle al mundo que por fidelidad a Dios le cambie el rostro a la historia y haga del hombre y del más pobre el sentido de la ciencia, del poder, de la política, de la economía.

Sin embargo la muerte de Jesús se convierte en la pregunta de cada hombre por el sentido de la vida, por la forma como ordenamos el mundo, como nos entendemos a nosotros mismos. Se convierte en una pregunta de la historia a Dios: acepta Dios la entronización de la violencia, del miedo, del afán de enriquecimiento como camino para construir la historia?

La muerte de Jesús sacude hasta los cimientos la vida de sus discípulos, de quienes junto a él habían encontrado en los valores del amor, de la solidaridad, del perdón, la respuesta a esa pregunta por la vida, por la plenitud de lo humano; si moría Jesús, y si con él moría su Dios, que sentido tendrían el servicio al otro, ayudarlo a ser autor de su propio destino y de su futuro? Para que dejar la propia comodidad e ir a servir al otro en condiciones adversas; para que valorar

tanto al otro hasta ofrecerle el sacrificio de nuestra vida y amor?

La muerte de Jesús grita una pregunta a la ciencia, a la técnica del hombre: cuánto vale el hombre? La historia ha ido respondiendo claramente: el sentido del mundo, de la técnica, es que unos dominen sobre los otros; la economía debe construirse en favor de unos pocos, para que crezcan en poder, en influjo, para que puedan disfrutar de todo, aunque los demás mueran de hambre! La ciencia puede dedicarse a fabricar armamentos porque hay que defender la paz del mundo, destruyendo al hombre! Esa ciencia sigue condenando a muerte al profeta de Nazaret, sigue negando al Dios de Jesús y haciendo irrisorias todas las declaraciones de los derechos humanos.

Sin embargo, sobre la cruz de Jesús se levanta aún una palabra de Dios: "El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, resucitó a su siervo Jesús a quien Ustedes crucificaron" (Hech 3, 13ss).

Dios ha respondido a la pregunta qué es el hombre, ha escrito en nuestra historia el verdadero sentido del humanismo; Dios cambió totalmente el sentido de la condena a muerte de Jesús y convirtió la cruz y el rechazo en sentido de una vida que se entendió a sí misma como solidaridad total en favor del hombre por la fidelidad absoluta a un Dios amor.